

Vietnam: Cómo Era en Realidad

James Martin Davis

La guerra es siempre una experiencia sumamente dolorosa, ciertamente la más dolorosa para la humanidad. Muchas veces resulta muy difícil aceptar y comprender las razones de la guerra, aún cuando ella sea de carácter no convencional, no declarada y de poca intensidad. Sin embargo, una vez pasada la experiencia difícil del conflicto, muchas lecciones pueden ser extraídas y se debe obtener el máximo beneficio de tal proceso.

La Guerra de Vietnam fue una experiencia dolorosa para los Estados Unidos, provocando siempre mucha polémica y discusión; no obstante, aún hoy en día se pueden extraer del conflicto lecciones importantes para la sociedad y también para las Fuerzas Armadas norteamericanas. Estas lecciones, cabe destacar, no son de utilidad exclusiva para los EE.UU. Todos deben procurar sacar provecho de ellas.

Muchos cambios y ajustes de la doctrina, la estructuración organizacional, el entrenamiento, y los procesos de empleo de fuerzas militares, surgieron producto de las experiencias vividas durante la Guerra de Vietnam. Tal vez los más destacados de todos estén relacionados con el desarrollo del liderazgo. Éstos son temas que se han analizado con gran profundidad en las páginas de Military Review, en artículos que abarcaron todo el espectro diverso de lecciones sacadas de esa larga y cruenta guerra.

El artículo seleccionado para representar la cobertura de la revista sobre ese conflicto, ocurrido en el Sudeste Asiático en la segunda mitad de la década de los años 60 y principios de los 70, sigue otro camino, también bastante importante, que gira en torno a los sentimientos de los soldados comprometidos en dicho conflicto y en sus complicadas y a veces conflictivas relaciones interpersonales. El autor, un abogado civil en la época en que escribió el artículo, prestó servicio militar participando de la guerra como combatiente de infantería. Testigo de las realidades más ásperas de la existencia humana, nos ofrece su análisis perspicaz de la experiencia vivida por los soldados norteamericanos en Vietnam, describiendo además la tensa relación entre aquellas personas que no fueron a la guerra y los soldados que cumplieron con su deber en Vietnam y regresaron a una patria desagradecida. El lector militar se asombrará ante la claridad y la veracidad de lo expuesto; es más, el presente artículo tal vez sirva para explicar la naturaleza de la guerra a aquellos civiles que difícilmente comprenden y menos aceptan los actos militares, especialmente a quienes han tenido mínimo contacto con los profesionales militares y las actividades realizadas por ellos, en nombre de la defensa común.

EL HOMBRE que se me acercó era más o menos de mi edad y usaba anteojos de concha. Sin siquiera saludarme, este hombre a quien yo no conocía, comenzó a hacerme preguntas sobre Vietnam. Sus preguntas tendían a ser ofensivas, y el interpelante se mostraba ser moralista. Obviamente su propósito era más bien el de porfiar, que el de escuchar. No tenía la menor intención de comprender, sino que sólo quería oír algo que reforzara su punto de vista. Recuerdo que pensé que si ese hombre realmente hubiera estado interesado en aprender algo sobre Vietnam, podría haberlo experimentado por sí mismo; pero había optado por no aprovechar de esa oportunidad. Para él Vietnam era un asunto político y teórico. Para mí, habiendo recién llegado de Vietnam, no fue ninguno de los dos. Así que contesté simplemente, “Sí, fui. Sí, pude regresar. Eso es toda la historia, menos los detalles”. No estando en condiciones de discutir — y un poco a la defensiva en aquel entonces— evité sus preguntas.

Eso sucedió hace 17 años, pero las preguntas de aquel hombre han vuelto a surgir a través de los años. Siempre son esencialmente las mismas seis preguntas: —¿Cómo fueron las cosas en Vietnam?; —¿Se cometieron allí atrocidades?; —¿Mató usted a alguien?; —¿Mataron nuestros soldados a otros soldados nuestros?; —¿Cómo eran las cosas en combate?; —¿Qué clase de individuos eran nuestros soldados en Vietnam? A todos los que fuimos a Vietnam, nos preguntaron esas preguntas a nuestro regreso. En aquella época nunca intentábamos explicar cómo era estar en una zona de combate —a 10.000 millas de distancia de nuestras familias y amigos— tratando de sobrevivir. En ese período, la mayoría de la gente no estaba interesada, ni tenía la capacidad para comprenderlo. Por eso sencillamente dejamos de contestar las preguntas, las cuales eventualmente fueron olvidadas.

En la actualidad, la gente ha comenzado a hacer las mismas preguntas; pero con el pasar de los años y el inevitable cambio de las condiciones, las preguntas han variado de tono, y la actitud de aquéllos que preguntan no es tan moralista. Con el reciente estreno de la película *Platoon*, las preguntas ahora se han vuelto más frecuentes.

Para aquéllos interesados, este momento posiblemente sea el más propicio de contestar esas preguntas, en todo lujo de detalle. Quizá ahora la gente esté más dispuesta a comprender; aunque yo creo que no es así. Pero hoy en día, las preguntas parecen ser más sinceras y por lo tanto, deben ser contestadas con toda honestidad.

“¿Cómo eran las cosas en Vietnam?” La situación era muy dura, por supuesto. El servicio en el Ejército siempre es duro; pero fue increíblemente difícil encontrarnos en medio de una guerra en las junglas de la altiplanicie central de Vietnam. Era muy caluroso, muy difícil, horrible y miserable.

Para el civil, toda matanza es perversa. Tal vez lo sea. Pero nosotros nunca considerábamos que lo que habíamos era malo. Ni tampoco lo percibían así los norvietnamitas; ¡Cuán diferentes son las reglas de la guerra!—¿Cómo puede alguien, que nunca ha participado en una guerra, comprender la complejidad de esas reglas? Puesto que sabíamos que nadie nunca las podría comprender, regresamos callados a nuestros hogares.

La película *Platoon* es excepcionalmente realista. Muestra la vida en la maleza exactamente como yo recuerdo haberla vivido. En muchos aspectos, realmente fue así: los uniformes, el lenguaje, los horrores y el humor. Ya me había olvidado de otros aspectos: el sol infernal, la sofocante humedad, las picadas de las hormigas rojas y el incesante fastidio de los mosquitos y las sanguijuelas.

Las patrullas en combate significaban un cansancio insoportable, una sed inapagable, uniformes de faena empapados de transpiración y pegados al cuerpo, y brazos y piernas que ardían con heridas y rasguños. Significaban lodo y pantanos; mugre y polvo; machetes y monzones. Después de 18 horas de abrir camino entre los matorrales, uno se encontraba totalmente exhausto; además el estar día y noche con los nervios de punta, causaba una gran fatiga mental. No podemos olvidar el estar constantemente atrapados en las grandes marañas de enredaderas, inmovilizados en medio de la “yerba de elefante”, y rodeados por el constante murmullo de soldados jóvenes, que refunfuñaban entre dientes.

Me acuerdo del olor de carbón procedente de las aldeas, y la fragancia de la lluvia a raíz de los monzones; olores que se filtraban por las narices tapadas por el polvo rojo, levantado por los helicópteros. También recuerdo la vegetación podrida cuando continuamente examinábamos las veredas —siempre avanzando— buscando cazabobos constantemente. Sufríamos una miseria física y anímica.

De mayor importancia, en las patrullas llegamos a reconocer cuán flexible es realmente el ser humano, porque aprendimos a vivir con todas esas inconveniencias todos los días, y las aceptábamos.

Sin embargo de todas las sensaciones, la que menos se olvida es el siempre presente malestar de estómago y la constante tensión en el abdomen. Era una sensación

casi imposible de describir. Primero se sentía en el estómago, luego pasaba al cerebro, y de allí otra vez al estómago. Era una condición incómoda crónica, que inducía una náusea que se sentía todos los días y nunca desaparecía completamente. Era pura y simplemente, el temor. Era la reacción física del cuerpo, al peligro próximo. Cada vez que nos encontrábamos en campaña, nos desgarraba el estómago, y estoy seguro que eso fue un gran contribuyente al problema de la disentería. Ésta también fue una condición que aprendimos a aceptar, y que tuvimos que controlar, para evitar que nos dominara a nosotros.

Menos del 15 por ciento de los soldados en Vietnam pasaron mucho tiempo en la jungla. Afortunadamente, aquéllos de nosotros que íbamos no nos quedábamos allí todo el tiempo. Pero cuando estábamos, logramos sobrevivir. Después que la guerra había concluido y nos encontrábamos de regreso en nuestros hogares, sabíamos —por haber sufrido tanto— que la vida nunca más sería tan dura.

“¿Y qué se dice de las atrocidades?” es la segunda pregunta que se repite frecuentemente. “—¿Se cometieron atrocidades en Vietnam?” A menudo me pregunto dónde estaría —durante la guerra— la gente que hace semejante pregunta. Quienquiera que piense que en Vietnam no se cometieron atrocidades, no tiene la menor idea de lo que fue esa guerra. Todos los días se cometían atrocidades, pero fueron cometidas por el Vietcong y por los soldados norvietnamitas. Maestros, funcionarios del gobierno y personas hacendadas fueron asesinados casi todos los días. Los jefes de aldeas eran ejecutados públicamente, y cada vez que los hombres eran forzados a servir o eran asesinados brutalmente, poblados enteros quedaban con sólo mujeres y niños, cuando todos los hombres fueron obligados a prestar servicio militar, o fueron matados de forma ritualista. Los cines y restaurantes fueron bombardeados; las mujeres fueron violadas y desfiguradas; los estadounidenses y sudvietnamitas capturados fueron sometidos a los tipos de torturas más brutales.

Combatíamos contra un enemigo terrorista, y el terrorismo constituía el arma principal en su arsenal. Colectivamente, estos actos terroristas nos horrorizaban; pero tal parecía, que en el frente doméstico nadie les hacía caso. ¡Cuán ofendida queda hoy día nuestra población, con el terrorismo moderno y las acciones de una facción de fanáticos religiosos! ¿Por qué no sentían la misma indignación en aquella fecha? Nuestro adversario era mucho peor que cualquier secta shiita o jihad (guerra religiosa) islamita, luchaba por principios mucho menos nobles, y contaba con muchos más efectivos. Aun en el Oriente Medio, los terroristas hoy día creen en Dios, se someten a una religión organizada y sienten algún respeto por la vida humana. En Vietnam, la falta de creencia

religiosa permitía al enemigo cometer —en nombre de su causa— las más horribles barbaridades. Cien mil muertos revelan la existencia de atrocidades en Vietnam; pero no constituyen de ninguna manera, evidencia alguna contra la memoria de los soldados estadounidenses que sirvieron allí.

“¿Mató usted a alguien en Vietnam?” es la próxima pregunta que puede predecirse. Para el soldado de combate, ésta es la más ingenua de todas las preguntas. Al igual que la Segunda Guerra Mundial y Corea, Vietnam fue una guerra; no fue un simple juego. La matanza es el aspecto más brutal, y, sin embargo, más básico de la guerra; y el soldado sabe eso mejor que nadie. ¡Claro que matamos! Ellos querían matarnos a nosotros, de modo que nosotros los matáramos a ellos. Eso es un hecho que nunca debería requerir explicación; simplemente debe tomarse por entendido. Perdónenme si no hablo de matar, pues ésas son experiencias que son imposibles de relatar. Habíamos violado un tabú antiguo —el de matar a otro ser humano— pero sólo por necesidad. Aunque es una infracción cometida en todas las guerras, desde los principios de la humanidad, todavía es algo que optamos por no confesar.

Incluso en Vietnam, nunca hablábamos de matar, inventamos nuestro propio lenguaje para hablar de eso. Con la gente culta, ¿cómo vamos a hablar de “destruir al enemigo”; cómo podemos conversar el “matar a ‘Charlie’?”

Una vez en Vietnam, un soldado de las fuerzas especiales, natural de Omaha [Nebraska], fue clandestinamente insertado con su grupo de inteligencia en la jungla, a varias millas de la base de fuego estadounidense más cercana. Su misión era matar o capturar a unos soldados norvietnamitas, y tomar sus documentos, a fin de obtener información de inteligencia. Él sabía que si fuera capturado, no lo matarían; por lo menos no inmediatamente. En el área donde él operaba, el enemigo torturaba y mutilaba a sus prisioneros; pues ése era su procedimiento normal. Los norvietnamitas no vacilaban en cometer esas atrocidades. Ésa era su forma de hacer la guerra.

El grupo estadounidense estableció su emboscada a lo largo de una vereda por la cual los norvietnamitas (ENVN) se sentían seguros. Al pasar una pequeña columna del ENVN, nadie pensó en capturar a estos soldados enemigos. Los estadounidenses hicieron fuego, dejando tendidos a cinco soldados del ENVN; soldados que sólo momentos antes portaban armas AK-47. Instantáneamente, nuestras tropas aseguraron los documentos que pudieron hallar y desaparecieron en las profundidades de la jungla. Incidentes como ése fueron muy comunes en Vietnam. También lo fueron en la Segunda Guerra Mundial y Corea.

¿Cómo podría este ex combatiente relatarle a su espo-



Fotos: Departamento de Defensa

Soldados de la 9ª División de Infantería durante una pausa en el combate.

Las patrullas en combate significaban un cansancio insoportable, una sed inapagable, uniformes de faena empapados de transpiración y pegados al cuerpo, y brazos y piernas que ardían con heridas y rasguños.... Después de 18 horas de abrir camino entre los matorrales, uno se encontraba totalmente exhausto además el estar día y noche con los nervios de punta, causaba una gran fatiga mental. ... De mayor importancia, en las patrullas llegamos a reconocer cuán flexible es realmente el ser humano, porque aprendimos a vivir con todas esas inconveniencias todos los días, y las aceptábamos.

sa ese episodio de su vida en Vietnam? ¿Cómo podría él mirar a esa bella, delicada y frágil mujer y explicarle lo que había hecho, sin que ella sintiera que su esposo ya no era el mismo hombre con quien ella había contraído matrimonio?

Para el civil, toda matanza es perversa. Tal vez lo sea. Pero nosotros nunca considerábamos que lo que hacíamos era malo. Ni tampoco lo percibían así los norvietnamitas; los dos bandos lo entendían. Nosotros necesitábamos la información, porque de ella dependían nuestras vidas y las vidas de nuestros compañeros, y hasta las vidas de inocentes civiles vietnamitas. ¡Cuán diferentes son las reglas de la guerra! ¿Cómo puede alguien que nunca ha participado en una guerra, comprender la complejidad de esas reglas? Puesto que sabíamos que nadie nunca las podría comprender, regresamos callados a nuestros hogares.

La próxima pregunta que comúnmente tenemos que contestar es: “¿Mataron nuestros soldados a otros sol-

dados nuestros?” Yo nunca he logrado comprender cómo puede ser que nosotros —una nación tan refinada e inteligente— hemos dejado que Hollywood y algunos sectores de la prensa tomen la excepción, y la propaguen como si fuera la norma. ¿Qué mueve a esas dos instituciones, en su obsesión por predominar en la taquilla y en los titulares, a torcer y difamar la memoria de los jóvenes honestos que sirvieron en Vietnam? ¿Por qué les permitimos —a expensas de nuestra integridad nacional— imaginarse un suceso ficticio, y representarlo gráficamente como si fuera verídico?

Pocos de los soldados que yo conozco recuerdan una sola ocasión cuando un soldado estadounidense matara intencionadamente a un compañero en combate. Eso simplemente no sucedió; nuestras vidas eran muy valiosas. De vez en cuando, un soldado disparaba contra otro o lo hería con un arma blanca durante una pelea por dinero o por una mujer, eso puede suceder en cualquier parte. Pero nunca sucedió en combate, sino en Saigón o en un

Al pasar una pequeña columna del ENVN, nadie pensó en capturar a estos soldados enemigos. Los estadounidenses hicieron fuego, dejando tendidos a cinco soldados del ENVN; soldados que sólo momentos antes portaban armas AK-47 Instantáneamente, nuestras tropas aseguraron los documentos que pudieron hallar y desaparecieron en las profundidades de la jungla . . . — ¿Cómo podría este excombatiente relatarle a su esposa ese episodio de su vida en Vietnam? — ¿Cómo podría él mirar a esa bella, delicada y frágil mujer y explicarle lo que había hecho?

campamento grande; y los culpables siempre eran enjuiciados por sus crímenes.

Desafortunadamente, algunos estadounidenses les dieron muerte a otros estadounidenses en Vietnam. Nuestra propia artillería, apoyo aéreo, cohetes o granadas de napalm resultaron en la muerte de soldados estadounidenses. Pero cada vez que esto sucedió, fue un accidente. Para aquéllos que la han presenciado, la guerra es muchas cosas; pero nunca es ordenada. El fuego de artillería y de cohetes nunca es preciso, y las granadas de morteros y los tiros de las armas automáticas se desvían muchas veces. Todos los que han participado en un combate, saben que en todo conflicto hay soldados que mueren o son heridos accidentalmente por sus propios compañeros.

Esta consecuencia del combate es uno de los aspectos más deplorables de la guerra; pero siempre que haya hombres que confronten a otros hombres en un combate mortal, es una consecuencia inevitable. Aunque todos los combatientes reconocerán haber sido testigo de negligencia, pocos han presenciado casos de fratricidio.

“¿Cómo fueron las condiciones en combate?” Nosotros solíamos decir que “la guerra es un infierno; pero el contacto con el enemigo es peor”. Pero aun esa descripción es inadecuada. Todo soldado afirmará, que la guerra no tiene nada de romanticismo, y ciertamente ningún aspecto de ella puede catalogarse como atractivo. Las guerras son enseñanzas en sufrimiento excesivo y dolor extremo; en aburrimiento abrumador y temor absoluto; e, inevitablemente, en crueldad inexpresable y en muerte.

En Vietnam conocimos personalmente las realidades de la guerra. Cuando hicimos los primeros contactos, y los cohetes y las granadas de morteros comenzaron a

estallar al lado de nosotros, todos juntos aprendimos lo que es el terror y lo que es ser incapaz de actuar. Luchábamos como mejor podíamos para sobrevivir. No obstante nos habíamos entrenado para la guerra, no aprendimos cómo esquivar las balas, ni cómo hacer desaparecer la náusea que sentíamos. Sólo aprendimos a no correr, en circunstancias cuando meses antes habríamos huido.

A pesar de todos los horrores y de toda la fealdad, y del derroche de vidas humanas; la guerra sigue —inexplicablemente— captando nuestros sentidos y sentimientos. Pues gústale a uno o no, el combate representa el momento más intenso en la vida de un hombre. Aunque es difícil de explicar, la primera vez que uno se encuentra en combate, sus temores normalmente son eliminados por las acciones del momento y —por un breve período— todo su cuerpo se regenera. Oye y ve más claramente, piensa mejor y se siente mejor que nunca antes. Su cuerpo y sus acciones son controlados por el instinto y por el deseo de sobrevivir. A medida que la adrenalina corre por todo el cuerpo, el temor es reemplazado por un gran deseo de vivir. Los japoneses tienen un dicho que reza: “Sólo vivimos dos veces: una vez, cuando nacemos; y otra, cuando confrontamos la muerte inminente”. A fin de cuentas, la guerra es tanto cuestión de vida como de muerte.

Pero, la guerra cambia al hombre, convirtiéndolo en otra persona. Tiene que ser así. El combate desarrolla en una persona un modo de vida diferente, una forma distinta de mirar la vida y vivir con la muerte. Después que vimos las primeras bajas, nos dimos cuenta que nunca volveríamos a ser lo que éramos. Cuando por primera vez vimos los muertos y los heridos, la sangre y las literas, y oímos a los hombres gritando de dolor; sabíamos que ya éramos soldados de combate. Ahora integrábamos una fraternidad terrible. Una fraternidad de muy alta cuota. Una fraternidad cuya creación nunca debió haberse permitido. Pero sabíamos que esta fraternidad nunca desaparecerá durante nuestras vidas, excepto en las mentes de los soñadores.

“¿Cómo se portaron los soldados?” Esta última pregunta es tal vez la que más nos molesta; no por la pregunta misma ni por su respuesta, sino por la actitud de los interrogantes. Esa actitud se remonta unos 20 años atrás. Entre muchos de los estudiantes que lograron evadir la guerra y algunos de los corresponsales de prensa que la reportaron, pero que no tuvieron que combatirla, existía cierto elitismo, cierta arrogancia y esnobismo que chocaban con nuestros ideales democráticos nacionales. Muchos de mi generación se consideraban “demasiado cultos” para ir a Vietnam. Eran individuos superiores y, por consiguiente, estaban de alguna forma exentos.

Para aquéllos que se las arreglaron para no entrar en el servicio militar, o que escaparon con éxito el servicio



Militares y civiles muertos a causa de la explosión de una bomba vietcong en un restaurante en Saigón, 25 de junio de 1965.

Maestros, funcionarios del gobierno y personas hacendadas fueron asesinados casi todos los días. Los jefes de aldeas eran ejecutados públicamente, y cada vez que los hombres eran forzados a servir o eran asesinados brutalmente, poblados enteros quedaban con sólo mujeres y niños, cuando todos los hombres fueron obligados a prestar servicio militar, o fueron matados de forma ritualista. Los cines y restaurantes fueron bombardeados; las mujeres fueron violadas y desfiguradas.

obligatorio, era importante que nuestros soldados parecieran ser diferentes y menos importantes que ellos. Después de todo, si éramos todos iguales, entonces aquellos que no fueron a la guerra serían inferiores. Ellos tenían un interés personal —generado por una necesidad de protegerse a sí mismos— en fomentar la diferencia entre “nosotros” y “ellos”.

Así que en un esfuerzo por proteger el amor propio y la imagen de los que rehusaron servir, la creación de un estereotipo ofensivo del soldado estadounidense, se convirtió en un instrumento “salvacaras”. Entonces se empezó a representar a nuestros soldados como pobres y mal educados, y no tan buenos como los que se habían quedado en sus hogares. Con la imagen de un Ejército compuesto de pobres, de campesinos incultos y de aquellos que no habían completado su educación secundaria, sería mucho más aceptable socialmente no entrar a formar parte del Ejército.

Por supuesto, en Vietnam sirvieron indigentes blan-

cos y negros, al igual que campesinos, jóvenes labradores y jóvenes sin diplomas. También prestaron servicios en la Segunda Guerra Mundial y en Corea. Siempre ha sido así, en nuestros ejércitos modernos.

Pero la idea de un ejército ineducado, analfabeto, socialmente inaceptable, fue sólo una idea; no una realidad. Las estadísticas no apoyaban esa idea; por lo tanto, nunca se mencionaron. Por lo general, el porcentaje de graduados de escuela secundaria en Vietnam fue mucho más alto de lo que fue en la Segunda Guerra Mundial, como también lo fue el número de graduados universitarios o soldados con algunos años de estudios universitarios. De hecho, en varios períodos, grandes segmentos de nuestro Ejército se componían de graduados universitarios, que después de graduarse, perdieron sus prórrogas de aplazamiento de servicio militar, y naturalmente tuvieron que servir como soldados. Yo serví en Vietnam con abogados, ingenieros, especialistas en comercio, contables y trabajadores de la industria de acero.



Aunque todavía con cara de joven, habíamos envejecido en nuestro instantáneo recorrido de la adolescencia a la madurez, con la rapidez de un cohete. Y habíamos perdido esa inocencia en lugares tales como Dak To, y Khe Sanh, el Valle del VC e la Drang, Tay Ninb y el Pico de Papagayo.

Aunque admitidamente es posible, que el personal que integraba las armas de combate no representara un fiel reflejo de la juventud de aquellos tiempos, el Ejército como conjunto definitivamente lo representaba.

Gústenos o no, nuestros soldados eran gente común; estadounidenses de todas las profesiones y condiciones sociales, que representaban la juventud de aquella época. Si tantos jóvenes no hubiesen evadido el servicio militar, el Ejército habría reflejado más completamente la sociedad. La razón por la cual tantos jóvenes intentaron evadir servir en el ejército, tenía más que ver —a mi juicio— con la clase de gente que nosotros éramos, y cómo nos habíamos criado, que con la naturaleza de la Guerra de Vietnam. Había una gran diferencia entre nuestra generación, y la generación que prestó servicio en la Segunda Guerra Mundial. Los jóvenes de edad militar

nacieron en los años de postguerra. Éramos hijos de la generación de combatientes que había servido en la Segunda Guerra Mundial. Ésta era una generación dura, disciplinada y no consentida, que había madurado durante los años de la Quiebra Económica, y que aprendió la necesidad de aceptar sacrificios y una vida difícil. Para ellos, la responsabilidad y el trabajo fuerte eran parte de la vida y de la educación, y la vida placentera era un lujo. Debido a esa época difícil, crecieron apresuradamente; y de la noche a la mañana se convirtieron en una generación de gente responsable.

En cambio, nuestra generación no tenía por qué ser responsable y rehusó abandonar su juventud. Fuimos consentidos y mimados por los acérrimos combatientes de la Segunda Guerra Mundial, que deseaban darnos todo aquello que nunca tuvieron ellos. De mi generación, muy pocos querían ir a Vietnam. Esto consideraba tanto los que fueron, como los que no fueron. La razón por eso, era más una cuestión de conveniencia que de moralidad.

Servir en las fuerzas armadas, significa aceptar responsabilidad. Ello significa —en cualquier época— que hay que sacrificar la comodidad. El combate mismo puede exigir el sacrificio último.

Consentidos y débiles, muchos de los jóvenes nacidos durante la explosión demográfica posterior a la Segunda Guerra Mundial, creían que era de alguna forma impropio y completamente innecesario sacrificar esas comodidades; y nos parecía un sacrilegio pensar que podrían pedirnos que arriesgáramos nuestras vidas en el frente. La generación de “yo antes que nada” llegó a ser una realidad en los años 60.

Nosotros éramos una generación muy interesada en la libertad, y todavía poco interesada en aceptar responsabilidad. Siendo tan consentidos, odiábamos las inconveniencias y creíamos que la responsabilidad aún les pertenecía a nuestros padres. Alistar en el Ejército era acelerar nuestra responsabilidad; e ir a la guerra constituía la inconveniencia final. Tanta responsabilidad era para personas adultas; nosotros aún éramos muchachos. La generación que había rehusado botar la basura, pasó a ser la generación que rehusó ir a la guerra.

Ahora pueden señalarse las diferencias entre los de nuestra generación que fueron a Vietnam, y los que no fueron. A mí me parece que la diferencia no era una de clase, ni de educación. Ella residía en que un grupo se negó a aceptar su madurez, y el otro permitió que se desarrollara el proceso de crecimiento.

En muy poco tiempo, el Ejército había convertido a los chicos consentidos en jóvenes responsables y autosuficientes, por muy humillante que fuera el proceso. Aunque fuéramos “niños consentidos” cuando entramos, cuando salimos, nos habían convertido en soldados.

La guerra de Vietnam nos hizo sentir más vigorosos —tanto mental como físicamente— que nunca antes. Ahora nos sentíamos más delgados y más duros, tanto por dentro como por fuera. De lo más profundo de nuestro ser, surgía una confianza que nuestra generación nunca antes había conocido. Descubrimos un orgullo mutuo que no sabíamos que podía existir. Al igual que nuestros padres, nos dimos cuenta que ya no éramos muchachos y —aún más curioso— nuestro orgullo por habernos madurado, y nuestro orgullo en uno y otro, continuaron creciendo. Este nuevo sentimiento era, para nosotros, muy difícil de comprender; sentíamos profundamente una combinación de comprensión y devoción, y de lealtad y entusiasmo hacía aquéllos que nos rodeaban. Habíamos perdido nuestro egoísmo; y esta nueva solidaridad sería lo que nos mantendría activos, cuando no tuviéramos nada más.

Ya no éramos jovencitos inmaduros, y habíamos perdido nuestra inocencia. Aunque todavía con cara de joven, habíamos envejecido en nuestro instantáneo recorrido de la adolescencia a la madurez, con la rapidez de un cohete. Y habíamos perdido esa inocencia en lugares tales como Dak To, y Khe Sanh, el Valle del VC e Ia Drang, Tay Ninh y el Pico del Papagayo.

Hoy día, Vietnam sigue siendo una experiencia que ninguno de nosotros nunca podrá hacer revivir; pero es una experiencia que nunca olvidaremos. Allí aprendimos cosas sobre nosotros mismos, que nunca podríamos aprender en ninguna aula universitaria. Aprendimos en combate, que el valor de un hombre no lo determina su condición en la vida, sus logros educativos ni la opinión que uno tenga de sí mismo. Su valor ante los ojos de sus compañeros, lo determina una simple ecuación: cuando se confronta esa situación fundamental de vida y muerte, ¿podríamos confiarle nuestras vidas a él?

No hace mucho se me acercó otro hombre, que quería preguntarme algo. Años antes, una carta del médico de su familia, lo había dispensado de entrar al Ejército. Este hombre también deseaba saber cómo se portaron nuestros soldados. Él quería que yo reconociera que él y otros como él gozaban de una exención moral de servicio en Vietnam. Yo hablé muy cortésmente con él; pero no pude ofrecerle la tranquilidad mental que ahora buscaba.

Quería hablar sobre los soldados, pero ¿podría yo decirle a él en pocas palabras cómo realmente se portaron ellos? ¿Cómo iba a aprender él de los soldados bajo

fuego, gateando para salvar a sus compañeros heridos; o de los soldados aguerridos que dedicaban su tiempo de descanso o de diversión, para enseñar precisamente la mecánica de la supervivencia a los soldados recién llegados al país? ¿Cómo habría de saber él, el placer que es conversar con un grupo de amigos que, sentados todos sobre los sacos de arena, hacían morir a uno de risa; o del dolor causado por la pérdida de un querido amigo en combate?

El chico deseaba hacer comparaciones; no obstante eran comparaciones que él nunca podría comprender. ¿Cómo podía él compararse con hombres como aquéllos? Y entonces me vinieron a la mente recuerdos de Goodwin, que perdió un ojo; a Feit, que caminará cojeando por el resto de su vida; a Wilder, que dejó a su esposa con dos pares de mellizos; y a Llewlynn, que me salvó la vida dos veces.

Cómo puede reconocer él que, para mí, el servir junto a esos muchachos fue un privilegio que no me merecía; y que de sus ejemplos aprendí muchísimo de la vida y mucho más sobre cómo vivirla. Para mí ellos son gente muy especial, y una parte de ellos siempre estará conmigo.

Juntos fuimos a esa guerra y juntos la conocimos; los panoramas y los ruidos, los sentimientos y temores, y los exóticos sabores y olores. Juntos compartimos el cariño y el respeto, la lealtad y la confianza; y sin emitir una palabra sabíamos que cada uno cuidaría de los demás.

No importando quiénes éramos, ni de dónde procedíamos, aprendimos a aceptar nuestros compañeros tal como eran, y confiarles nuestras vidas. El compañerismo era tal que trascendía raza, nacionalidad y educación. Sirviendo juntos por primera vez en nuestras vidas, descubrimos un compromiso fuera de nuestra comprensión. Éste constituyó el descubrimiento fundamental para aquéllos de mi generación.

Nuestro código de conducta era de nunca pensar en nosotros mismos, sino pensar primero en nuestros compañeros, porque ellos estaban pensando en nosotros. Nuestra primera regla era morir si era necesario, pero primero salvar a nuestros compañeros. En Vietnam descubrimos la relación que mantiene unidos a los hombres.

Esa simple e inapreciable memoria de pertenencia y de orgullo común, ahora forma parte de quiénes somos y de lo que somos. Todos somos personas especiales por haber tenido esa experiencia; y debido a esa experiencia, siempre viviremos unidos espiritualmente. **MR**

James Martin Davis es abogado en Omaha, Nebraska. Recibió el grado de Bachiller en Artes de la Universidad de Nebraska y el Doctorado en Jurisprudencia de Universidad de Indiana. Durante la guerra de Vietnam integraba la 4ª División de Infantería y prestó servicios con unidades del 75º Regimiento de Rangers, como líder de una sección de reconocimiento de largo alcance/grupo de inteligencia militar.